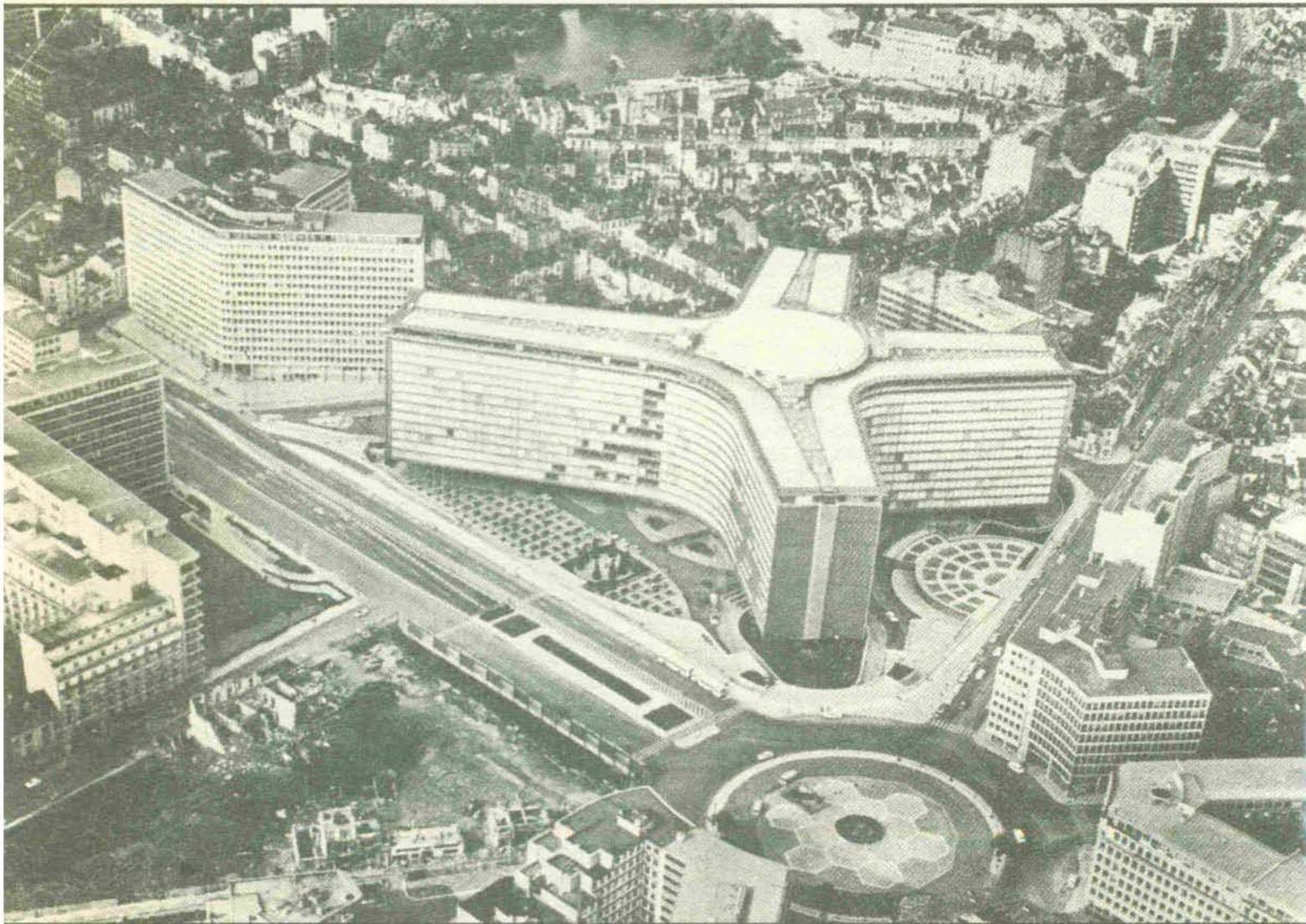


Manuel Azcárate

Europa

ME parece particularmente difícil y arriesgado, intentar una proyección hacia el futuro de ese conjunto de sociedades, de fenómenos, a los que se les puede aplicar el nombre de Europa. Estamos en un momento de grandes cambios, yo diría incluso de encrucijada en una serie de aspectos vitales para la vida humana, y ello incrementa considerablemente las dificultades de un pensamiento volcado hacia un futuro de dos décadas.

Contribuye a aumentar el temor que siento, al ponerme a escribir estas líneas, el recuerdo de lo que sucedía en Europa en los años 60; y la hipótesis de lo que yo probablemente hubiese escrito entonces, si me hubiese atrevido a contestar al desafío de definir la Europa de los



El edificio Berlaymont, en Bruselas, sede de la Comisión de las Comunidades Europeas, y al lado, el edificio Charlemagne, donde se reúne el Consejo de Ministros.

a veinte años vista

años 80. En aquellos años, Europa estaba saliendo de la guerra fría y entrando en la distensión. Claro que en 1962 se produciría la crisis de Cuba, pero esa misma crisis, por el tipo de solución que se le dio, y la proximidad con que el mundo entero percibió los máximos peligros, fue un factor esencial para la apertura de la distensión.

Pocos años antes había desaparecido Stalin y en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, el estalinismo había sido denunciado por Jrutchev de la manera más rotunda. A la vez, la Unión Soviética anunciaba un plan gigantesco de desarrollo económico: iba a lograr, en los años 80, una superioridad en la producción por habitante con respecto incluso a Estados Unidos; la superioridad del Socialismo en el mundo iba a afirmarse pues en el terreno del desarrollo tecnológico y de la producción de bienes de consumo. Sin duda los Estados Unidos estaban ya envueltos en una guerra de agresión con el pueblo vietnamita, consideraban a China como su gran enemigo en Asia, había situaciones muy conflictivas en Oriente Medio y Africa. Pero Europa, y los

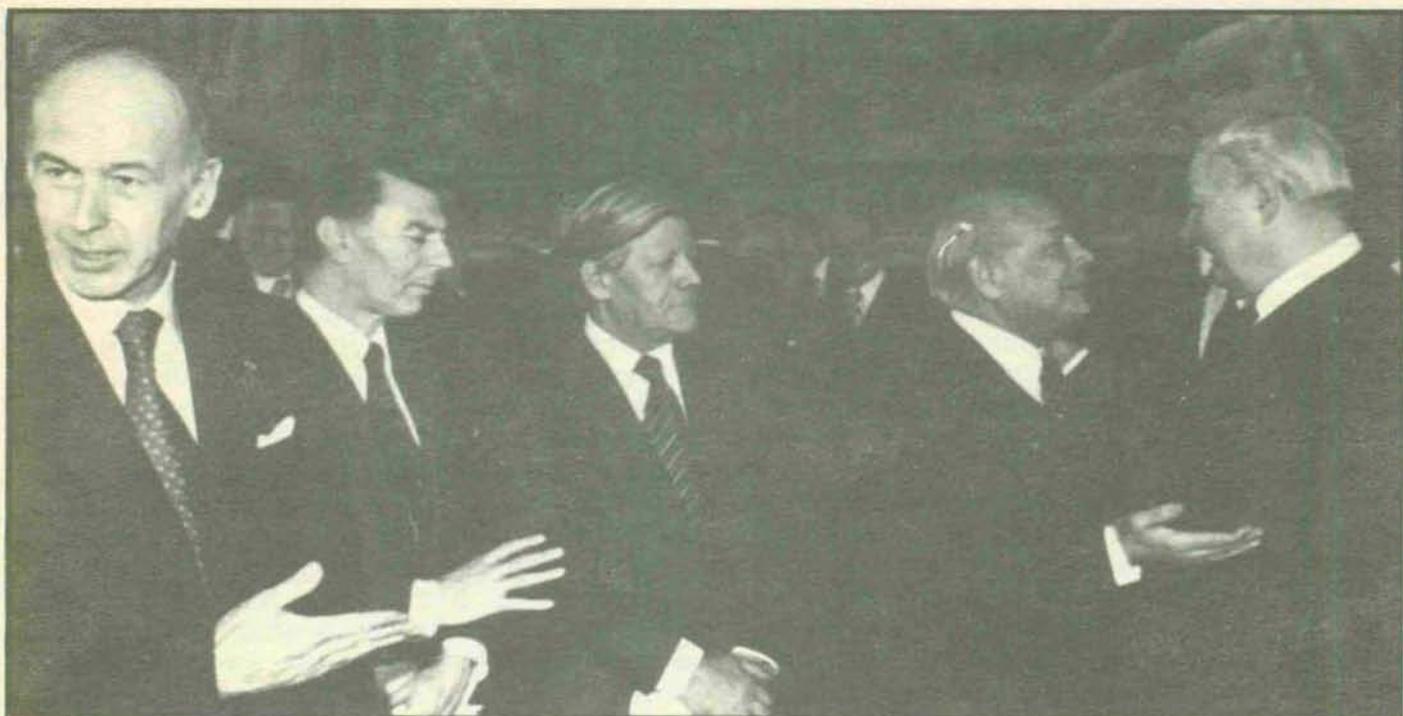
países industrialmente más avanzados en general, iban a dar ejemplo de coexistencia pacífica, incluso de cooperación, independientemente de las diferencias de regímenes sociales. No digo que esas hubiesen sido mis previsiones en 1960-62, al enfocar los años de factores de aquel período, y a la propia mentalidad con la que un comunista miraba al mundo cuando aún la Unión Soviética, a pesar de la denuncia del Estalinismo, seguía siendo para él un modelo y, sobre todo, un ejemplo de política de paz.

¿Cómo hacer hoy para no cometer, al escribir sobre la Europa de los años 2000, errores tan garrafales como los que he estado sugiriendo en las líneas anteriores? El método que voy a emplear consistirá en tomar algunos de los nudos, en mi opinión determinantes del futuro, de la actual situación de Europa, y desenvolverlos, sin duda con atrevimiento, pero a la vez con un esfuerzo por dejar abiertas diversas eventualidades; y para colocar en el porvenir, no un camino de pura hipótesis, sino al menos un conjunto de carriles más o menos relacionados entre sí.

Empezaré por el problema de las transfor-



Vista general de la reunión de los jefes de Gobierno de los nueve países integrantes del Mercado Común, iniciada en Dublín el 29 de noviembre de 1979 (Grecia aún no había sido admitida como miembro de pleno derecho en la Comunidad).



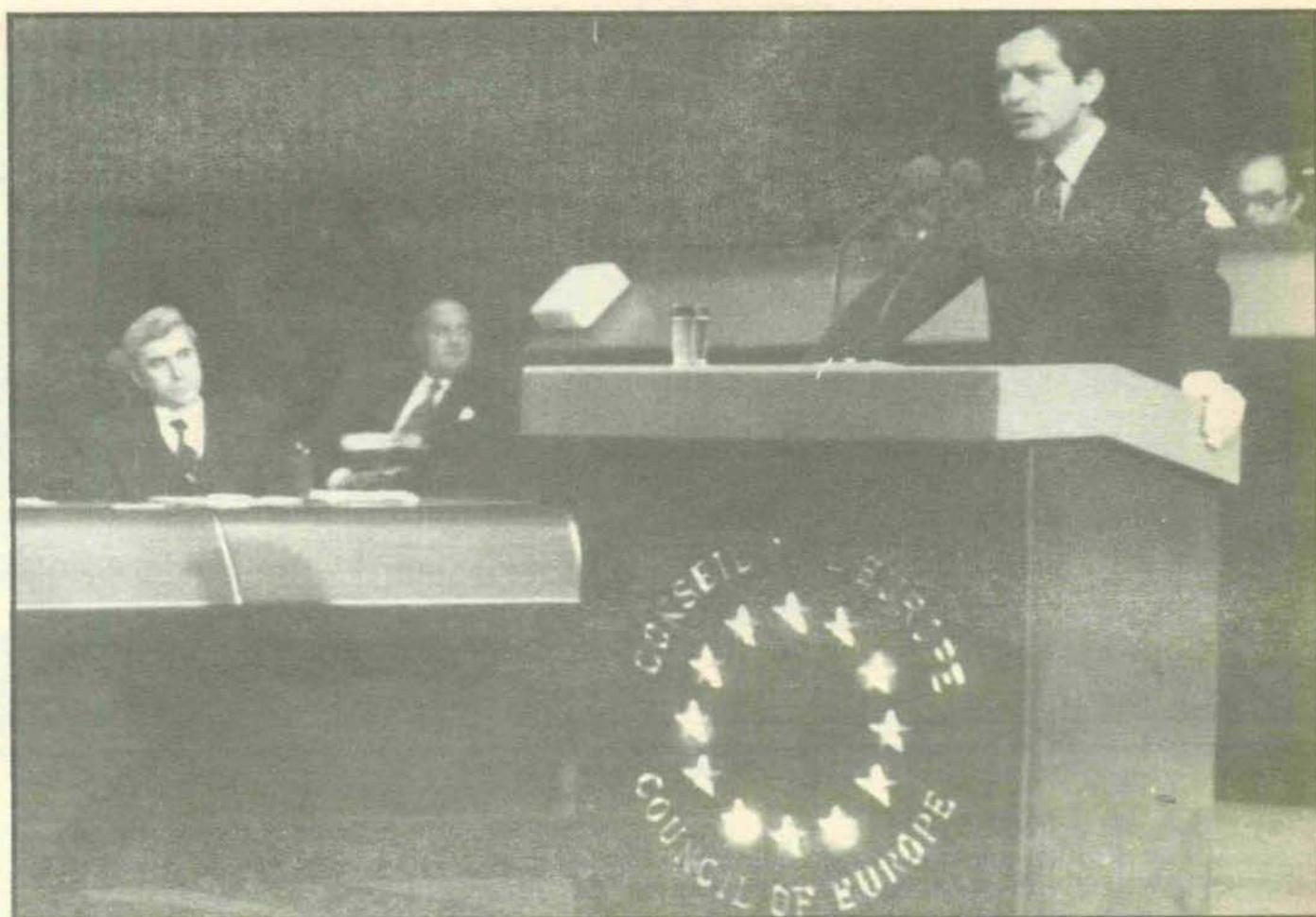
Ceremonia del XX aniversario de la formación de la C.E.E., en el Ayuntamiento de Roma, de izquierda a derecha: Giscard (Francia), Leo Tindermans (Bélgica), Helmut Schmidt (Alemania), Joop den Uyl (Holanda) y Callahan (Inglaterra).

maciones científicas y tecnológicas que empiezan, en la actualidad, en los países industrialmente más avanzados, Estados Unidos y quizá aún más en el Japón, a influir directamente sobre el sistema de producción, y sobre la vida de los hombres. Estamos ya metidos, aunque en un país como España no sea fácil tener plena

conciencia de ello, en un tipo de revolución científica que transforma radicalmente, no sólo la relación hombre-naturaleza, hombre-producción, sino en cierto sentido la relación hombre-conocimientos. Una aplicación generalizada de microcomputadores, y su baratura, va a crear una forma nueva de producir los bienes



Marcelino Oreja, ministro de Asuntos Exteriores de España, firmando la integración de España en el Consejo de Europa. Le acompaña (a la derecha de la foto) Ackerman, secretario general de dicho organismo. Era el 24 de noviembre de 1977.



El presidente del Gobierno español, Adolfo Suárez, durante su discurso ante la Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa, reunida en Estrasburgo. Era el 31 de enero de 1979.

que el hombre necesita; y va a determinar incluso nuevos límites y horizontes en el funcionamiento, en las dimensiones de la efectividad del cerebro humano.

¿Cómo va asumir Europa esta transformación? En mi opinión, esto exige abordar, aparte de los problemas de la jornada de trabajo, el paro, la crisis económica, la cuestión del grado de independencia que Europa puede lograr, no diré tanto con respecto a *otros países*, sino de una forma más concreta, con respecto a las multinacionales polarizadas en torno al capitalismo norteamericano. No cabe duda que Europa tiene riquezas humanas y culturales para hacer frente al reto del desarrollo científico contemporáneo, incluso al reto de la tecnología más moderna. El problema es si va a saber, en el marco de su proceso de integración económica, otorgar el lugar prioritario indispensable a ese aspecto del desarrollo productivo y humano; si surgirá la capacidad y la voluntad política de adoptar las medidas imprescindibles que impidan su satelización cada vez más acentuada; que permitan una recuperación de una independencia y de una autonomía de Europa en ese terreno decisivo para el futuro.

Si Europa no logra modificar el curso actual, que parece conducir hacia un incremento de su

subordinación en los terrenos científicos-tecnológicos, las perspectivas pueden ser muy oscuras: nuevas formas de sometimiento a unos centros de decisión ultraatlánticos; y por lo tanto, un mundo en el que el peso de Europa disminuya, se acentúe una bipolaridad entre las dos superpotencias, URSS y EE.UU., y, en unos plazos hoy imprevisibles, crecientes peligros de guerras o de división del planeta en zonas de influencia más o menos estables.

Apuesto resueltamente por la hipótesis contraria. Creo que el despertar, en ciertos países, de fuerzas de izquierda y de nuevas energías populares y juveniles van en el sentido de una mayor independencia de Europa, frente a los dos bloques, tanto el de la OTAN como el del Pacto de Varsovia; anuncian a plazos más largos crecientes posibilidades de un papel autónomo de Europa en la vida mundial, que se base en una capacidad propia de asumir las conquistas más avanzadas de la ciencia, y de encuadrarlas en un sistema de vida que tenga en cuenta las necesidades del hombre contemporáneo.

En el marco de esta hipótesis, de una creciente independencia y autonomía de Europa, creo que el gran cambio al que vamos a asistir se producirá en el terreno de las relaciones



Un momento de la reunión de la comisión mixta Parlamento Europeo-Parlamento Español, que por vez primera se celebró en España, el 30 de octubre de 1978.

Norte-Sur, de las relaciones de Europa con el Tercer Mundo. Ese cambio no creo que Estados Unidos esté en condiciones de protagonizarlo, precisamente porque las clases que dominan su sistema político, encerradas en una concepción imperialista, neo-colonialista, tienden a repetir las formas de explotación anacrónicas que han desembocado en la terrible situación presente, en que al lado de las zonas desarrolladas de nivel relativamente alto de vida, cientos de millones de personas, y en proporciones cada vez mayores, están condenadas a la miseria, al analfabetismo, a la muerte. Europa, en cambio, puede iniciar un camino nuevo que conduzca de modo efectivo hacia un *nuevo orden económico internacional*. Para ello, Europa debería tomar medidas, y luchar en los foros internacionales en pro de decisiones que rompan con políticas ya intolerables; en ese orden, destacaré cuatro propuestas esenciales:

1. Un acceso libre y abierto por parte de los países en vías de desarrollo (y que no pertenecen al núcleo imperialista) a la tecnología moderna, en condiciones de ventaja reconocida y aceptada por los países más desarrollados.

2. Una regulación de los mercados internacionales de materias primas y productos energéticos, pactada entre los países productores de la OPEP y del Tercer Mundo por una parte, y por los consumidores europeos de dichos productos por otra. Una regulación en plan de igualdad que incluyera una regularidad de suministros, fórmulas automáticas de modificación de precios, una planificación mundial de los recursos naturales y de la defensa ecológica

y biológica de la humanidad; y beneficios industriales, tecnológicos y financieros garantizados para los países exportadores.

3. Un nuevo sistema financiero internacional que no dependiera preferentemente de una moneda o un metal, en la línea de lograr un verdadero Banco Mundial con capacidad de emisión propia de dinero internacional.

4. Una planificación racional a escala mundial de los recursos agrícolas y de la industria agro-alimentaria, que permita una distribución más justa y racional de las reservas alimentarias y que sea capaz de hacer frente a la crisis alimenticia que se anuncia ya en los años 80.

A partir de una política económica inspirada en los puntos anteriores, Europa estaría en condiciones de contribuir a un papel nuevo de la Organización de las Naciones Unidas, que debería dejar de ser simplemente un centro de debate, de discusión, y convertirse cada vez más en un centro de *solución* de los problemas, tanto políticos como económicos; lo que introduciría en la vida internacional un factor mucho más democrático, de participación equilibrada, igualitaria, del conjunto de los países.

El segundo nudo a partir del cual intentaré imaginar el porvenir es el del armamento nuclear de Europa. Si fracasan las negociaciones que están actualmente en marcha en Ginebra, con una lentitud y un secreto que son difíciles de interpretar, si se lleva a cabo la instalación en Europa occidental de los Pershing y de los Cruise, y continúan instalándose en Europa oriental los SS 20 de la Unión Soviética, ¿vale todavía la pena hablar de un futuro de Euro-



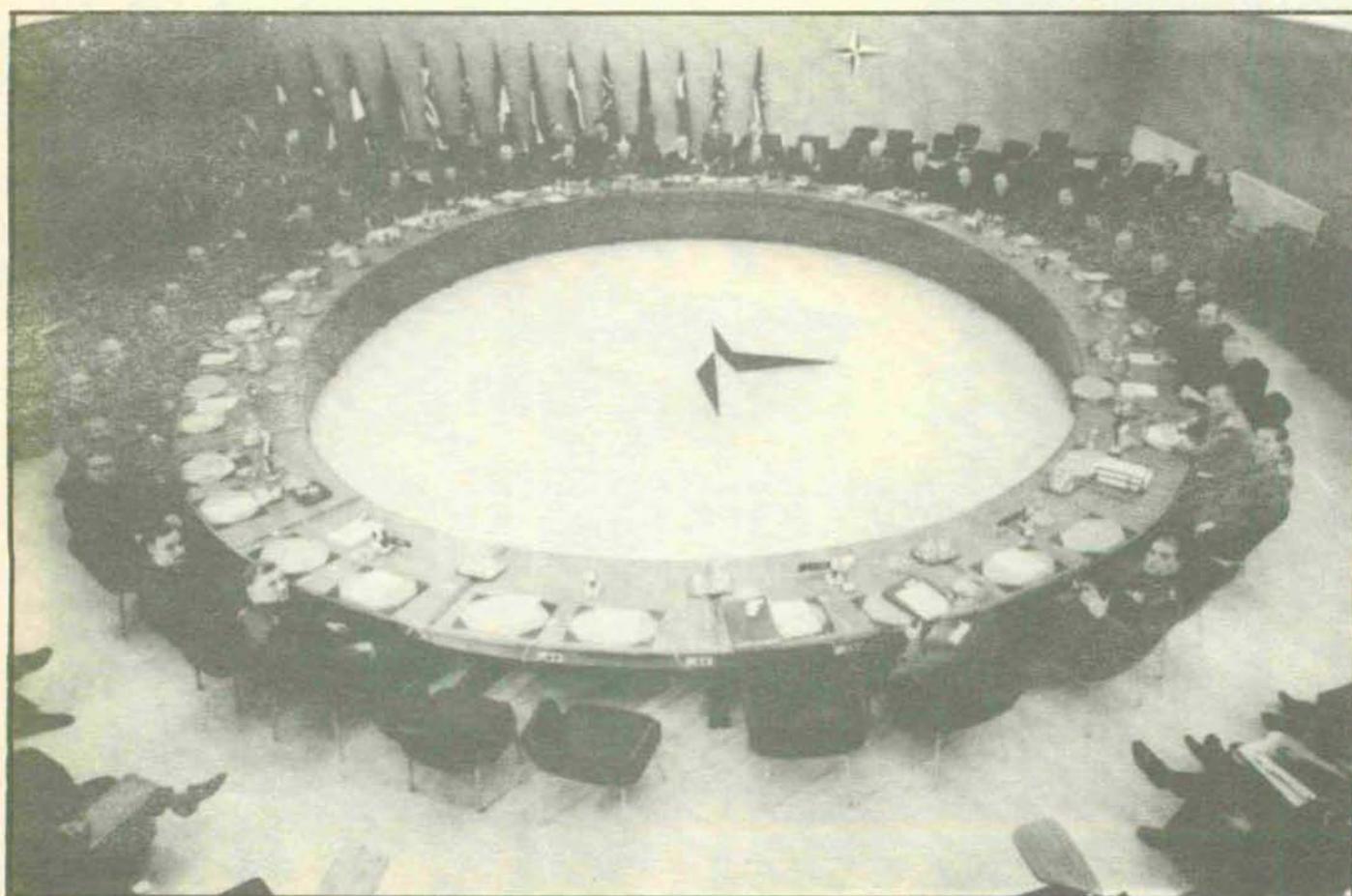
Miembros del Congreso de los Diputados asisten por primera vez a una reunión del Consejo de Europa, en Estrasburgo, el 11 de octubre de 1977. Son, de izquierda a derecha: Fernando Álvarez de Miranda, Felipe González, Santiago Carrillo y Muñoz Pérez.



«La Maison de l'Europe» (Estrasburgo), centro del Parlamento Europeo. En el centro de las banderas está la bandera de Europa: 12 estrellas amarillas en un fondo azul.



Interior de la sede del Parlamento Europeo en Estrasburgo durante una sesión de dicho organismo.



Vista general de la sala donde se celebra la reunión del Comité Militar de la O.T.A.N. (Organización del Tratado del Atlántico Norte) en Bruselas.

pa? Porque nuestro continente se vería abocado, por un lado a la amenaza de una guerra nuclear que podría destruir Europa, incluso sin intervención de las armas nucleares estratégicas instaladas en Estados Unidos y en la Unión Soviética, es decir sin apocalipsis mundial; o bien convertirse, en cualquier caso, en una especie de *rehén nuclear*, utilizado en un chantaje del terror por parte de una u otra de las superpotencias, con una decreciente capacidad de tener opinión propia y de poder actuar en la vida internacional.

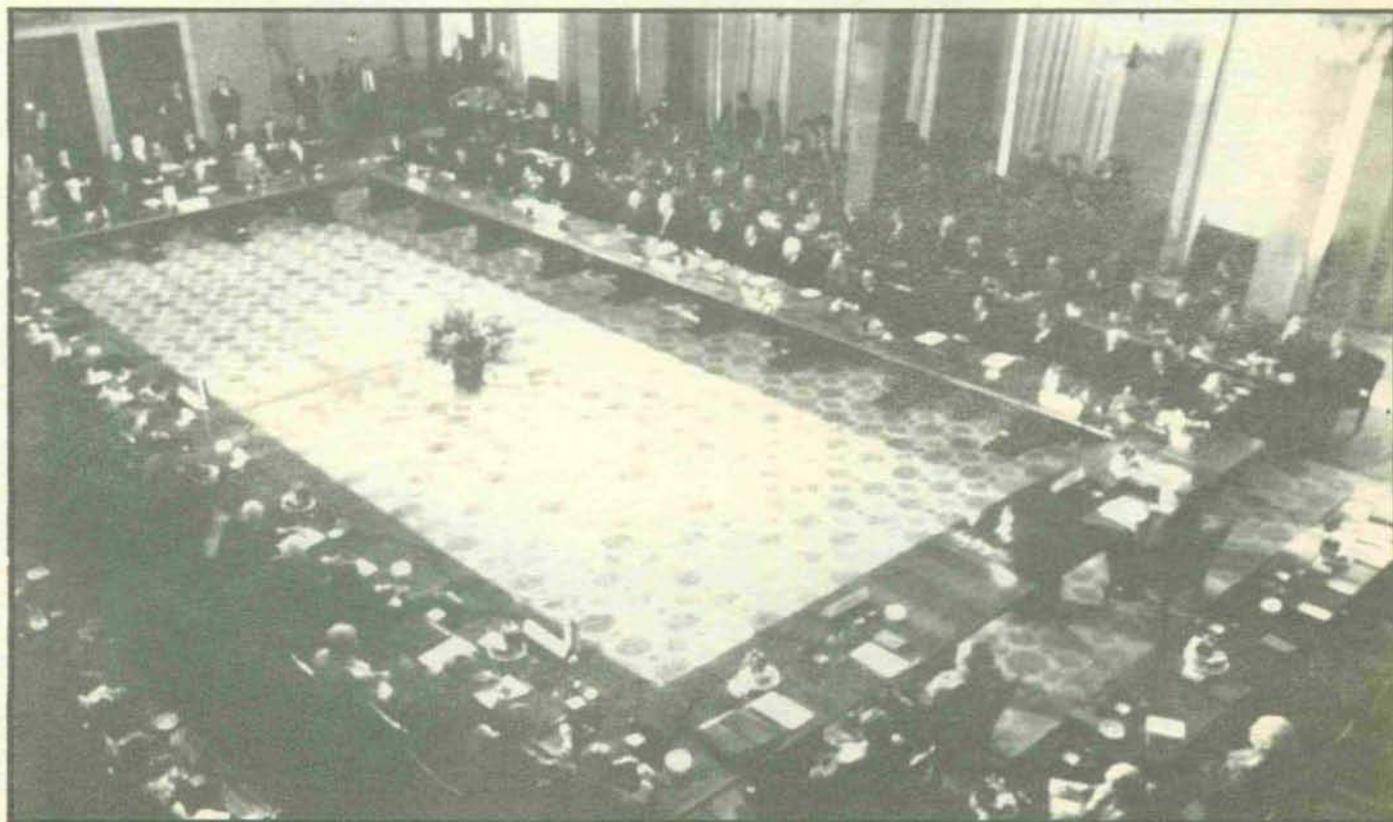
Apuesto también aquí por la otra hipótesis: Europa, logra frenar, detener, la instalación de los euromisiles en su territorio. Ello sería un punto de viraje en la historia del mundo cuyo alcance es difícil medir en la actualidad: porque necesariamente implicaría el inicio de un proceso encaminado al control y a la disminución equilibrada de los armamentos nucleares; lo cual implicará la puesta en marcha de mecanismos internacionales que empiecen a mermar, a limitar, el principio de la soberanía total de los Estados, incluso en el terreno de los armamentos. En vez de la creciente militarización de la vida política que estamos sufriendo, tanto en el plano internacional, como en la vida interna de muchos Estados, se pondría en marcha un proceso contrario; los ejércitos tendrían que dedicarse a hacer efectivo el control recíproco de la disminución de los armamentos, del desarme. Entrarían así en acción factores de racionalidad en la vida internacional;

disminuiría el peso de los factores militares, aumentaría la importancia de los factores propiamente políticos, de competencia económica, comercial, cultural, etc. En ese clima, Europa volvería a desempeñar un papel mucho mayor que en el último período en el conjunto del concierto de las naciones.

Un factor decisivo en esa evolución sería la disminución del papel de los dos bloques militares; y luego su disolución. Y con esa perspectiva es preciso concebir desde ahora un sistema de defensa estrictamente europeo.

El tercer nudo que deseo afrontar se refiere a la situación económica, a la posibilidad o no de una salida a la crisis que permita poner fin al angustioso incremento del paro, de la disminución del nivel de vida de millones y millones de trabajadores, que caracterizan hoy la situación en Europa. Este va a ser el verdadero banco de prueba de la Comunidad Económica Europea, mucho más que los actuales problemas coyunturales de presupuesto, regulación agrícola, etc.

Lo que veo en el futuro no es un *salvamento* de la Comunidad, para seguir siendo más o menos lo que ha sido hasta aquí: un proceso de integración en algunos terrenos hegemónizado por los grandes monopolios capitalistas y en gran parte intervenido por las multinacionales de Estados Unidos. Lo que preveo es una *transformación* de la Comunidad Europea que permita a las masas trabajadoras, a los pueblos, ejercer en su seno un papel cada vez más



Vista general de la sesión de apertura de la reunión de los países del Pacto de Varsovia con motivo del XXV aniversario de la firma del mismo (14 de mayo de 1980).

determinante y, por tanto, elaborar y realizar nuevas soluciones, nuevas políticas que, respondiendo a los problemas acuciantes de la crisis, sean al mismo tiempo la apertura hacia nuevas estructuras de mayor igualdad social; por entendernos, estructuras socialistas de la vida europea. Los caminos que, a partir de ahora, pueden conducir hacia ese tipo de futuro socialista, tendrían que incluir medidas como las siguientes:

1. El diseño de un nuevo modelo de crecimiento económico que determine el tipo de división internacional del trabajo coherente con las necesidades mundiales, así como el nuevo orden económico internacional, las relaciones con el Tercer Mundo, al que nos hemos referido más arriba.

2. Un *acuerdo de progreso* entre las fuerzas comunistas, socialistas, socialdemócratas y otras fuerzas progresistas, de signo cristiano y otros, para dar una alternativa conjunta a la crisis. El carácter extranacional de la misma y la creciente transnacionalización del capital, hacen imprescindible una estrategia conjunta a escala europea.

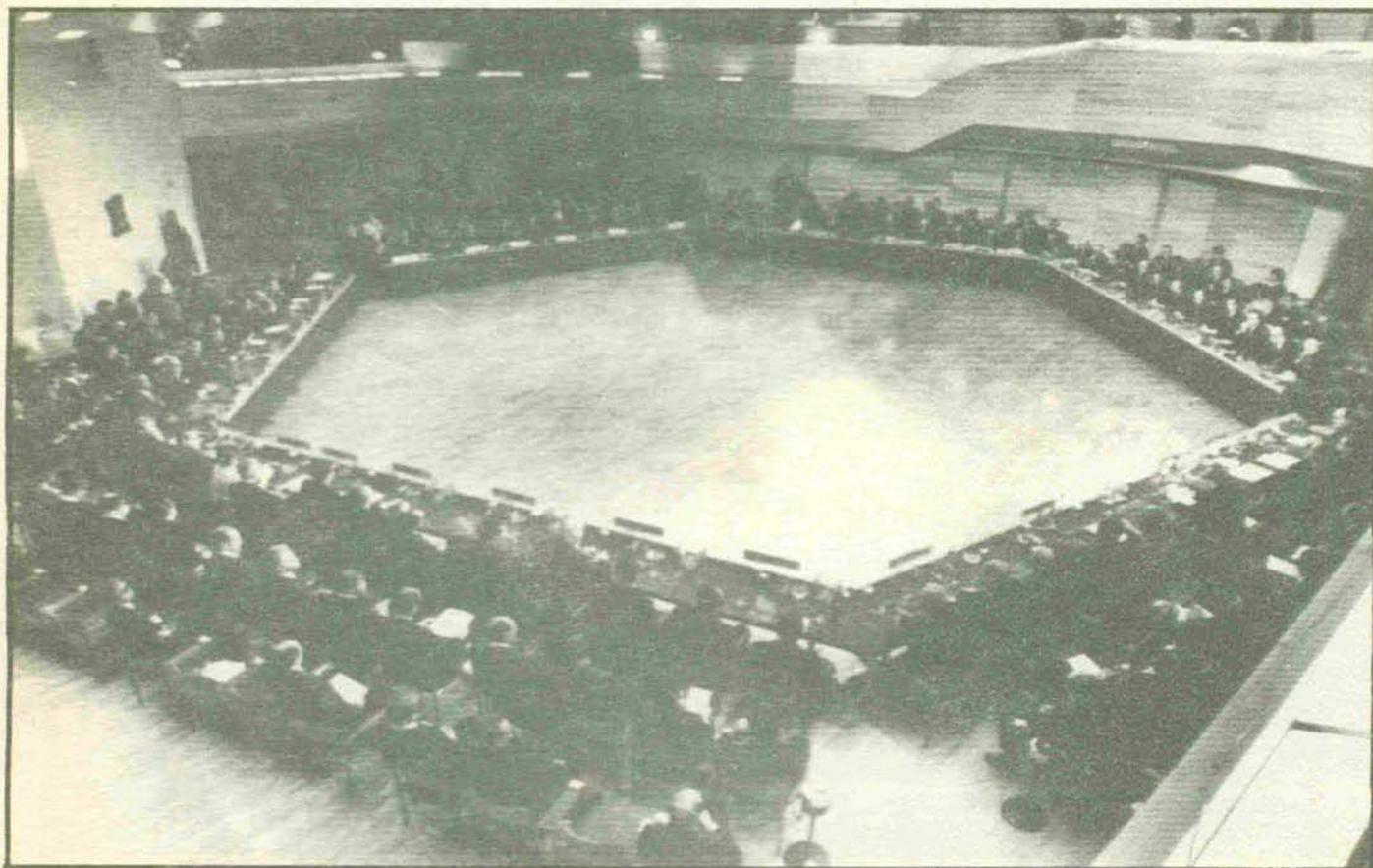
3. La definición de un nuevo tipo de sector público capaz de introducir elementos de planificación colectiva democrática en la gestión de las economías nacionales, un sector público que deberá superar el principio de subsidiaridad respecto al capital privado, que habrá de

llevar a cabo la tarea de potenciar los nuevos sectores productivos estratégicos (alimentación, ganadería, servicios colectivos, en particular investigación científica), que habrá de lograr nuevas formas de financiación y que, además, deberá introducir elementos correctores en la distribución de la renta mucho más eficaces y poderosos de los que han caracterizado hasta ahora la llamada política del «estado de bienestar».

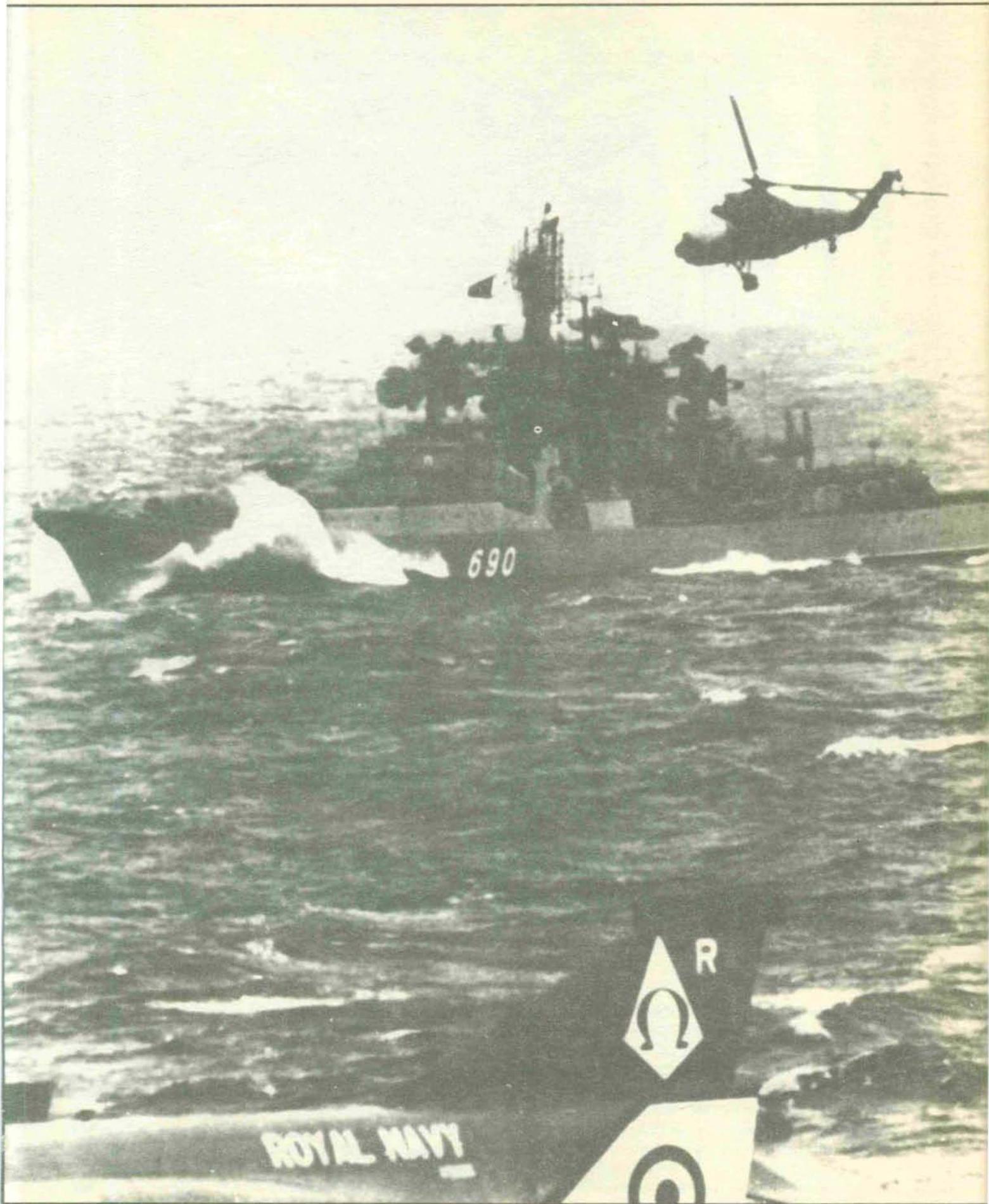
4. El aprovechamiento, dentro de esta estrategia progresista, de las áreas supranacionales ya existentes que presentan grados de integración económica, y muy concretamente el Mercado Común Europeo, dotándoles de una estrategia coherente con la resolución de la crisis en las líneas ya señaladas.

5. El diseño de una estrategia avanzada relativa a la tecnología que sea capaz de adecuar los ritmos de introducción de las nuevas técnicas productivas, ahorradoras de trabajo, a la reducción de la jornada laboral, a la recualificación profesional de la fuerza de trabajo, a la implantación de nuevos métodos y sistemas de enseñanza gratuita y obligatoria, a la consolidación de esquemas de Seguridad Social suficientes y eficaces, y a la negociación generalizada de acuerdos respecto a la distribución de los aumentos de la productividad implícitos en la nueva tecnología.

Esto implica, obviamente, colocar en un lu-



Sesión inaugural de la Conferencia de Seguridad Europea celebrada en Helsinki, en 1975.



Maniobras de la O.T.A.N. vigiladas por un «Kresta 2» soviético.



Sesión de apertura de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea de Belgrado, a la que asistieron delegados de 35 países (1977).

gar central la creación de ese *espacio social europeo* al que se ha referido ya el presidente Mitterrand. Será imprescindible, a escala europea, abordar una nueva concepción, en la vida humana, de la «jornada de trabajo», que corresponda al hecho objetivo de que la técnica moderna exige un número inferior de horas de trabajo del hombre para la satisfacción de las necesidades materiales de la humanidad. Esto acarrea la transformación prácticamente de todas las zonas de la vida individual, una nueva colocación de la cultura y de la enseñanza en la

jerarquía de los valores y necesidades; una base objetiva para que el feminismo, el logro por la mujer de unas condiciones de vida que pongan fin a los milenios de discriminación, se traduzca asimismo en una calidad radicalmente nueva de la relación hombre-mujer.

Y estas perspectivas exigen, en lo más cercano, como recuerda con frecuencia mi amigo el diputado laborista Stuart Holland, acabar con el predominio de las tres M: militarismo, monetarismo, multinacionales.

¿Cuáles son las posibilidades específicamen-



te políticas de que ese futuro europeo al que más arriba me he referido, pueda convertirse en realidad? No creo que pasen muchos años antes de que la total incapacidad de las soluciones conservadoras, monetaristas, basadas en una disminución del nivel de vida de los trabajadores, quede demostrada de un modo indiscutible; ello significaría una disminución considerable del peso de las fuerzas de derecha en la política europea. Se llegaría a una encrucijada en la cual o bien hay un retorno, al estilo de Turquía, a métodos de dictadura militar y de violencia; o bien el funcionamiento y el desarrollo de los métodos y de los principios democráticos aseguran una hegemonía estable de

las fuerzas de izquierda en la vida europea. Me parece que esta segunda alternativa es mucho más probable en la etapa de los años noventa. En ese marco se planteará una revisión profunda de lo que es el Tratado de Roma: el Parlamento Europeo, y es una propuesta en la que coinciden ya hoy socialistas, comunistas y otras fuerzas, alcanzará poderes mucho mayores que los actuales. Empezará a funcionar una verdadera vida política a nivel de Europa. Ello permitirá, precisamente, que las necesidades de las masas, las soluciones preconizadas por los partidos de izquierda, que obtengan en las elecciones el apoyo mayoritario de los ciudadanos, se conviertan en política de la Comunidad.



Concentración en la plaza del Quirinal, de Roma, para protestar contra la instalación de misiles nucleares americanos en suelo italiano. Una pancarta dice: «NO EXISTEN LOS MISILES BUENOS»...

¿Significará en los años 1990 y 2000 lo mismo el concepto de *izquierda europea* que en la actualidad? En mi opinión, será probablemente uno de los terrenos en el que se van a producir cambios muy netos, y en plazos no largos. No preveo una especie de retorno del movimiento obrero a la situación existente antes de la división de 1917-1921. Pero estamos en una encrucijada en la cual, tanto los partidos socialistas y social-demócratas necesitan reconocer que el modelo que ha guiado su política ha desembocado en la crisis actual, en un fracaso; como los comunistas tenemos que reconocer asimismo que el modelo soviético, la corriente liberadora nacida en la revolución rusa del 17 se ha agotado, ha desembocado igualmente en un fracaso. Por tanto, existe una necesidad, para unos y para otros, de encontrar una *tercera vía* que no saldrá tanto del debate de los eternos problemas ideológicos, sino como respuesta a los acuciantes interrogantes que plantea el mundo contemporáneo. No disminuyo el valor de los temas históricos y teóricos, incluido el significado que ha tenido la Revolución de Octubre y el papel de la Unión Soviética, sus repercusiones, el despertar de los movimientos de liberación nacional, etc... Pero estoy convencido que será buscando soluciones a los problemas de hoy como se van a operar aproximaciones, puntos de coincidencia, necesidades de acción común, cada vez más sistemáticas y estables, entre comunistas, socialistas, y otras

fuerzas progresistas de Europa, de signo cristiano y otros. La disminución del papel de la derecha, la aceptación por amplios sectores de capas medias de soluciones progresistas, implicará probablemente la entrada en coaliciones orientadas a la izquierda de nuevas fuerzas cuyo perfil es aún difícil de definir. Desde luego no serán los «centrismos» basados en la administración del poder y en el coyunturalismo que actualmente conocemos; pero quizá nuevas modalidades de progresismo no originadas en el pensamiento de Marx.

Creo que cometeríamos un gravísimo error si concibiésemos el futuro de la izquierda europea solamente en términos de partidos políticos. Uno de los fenómenos más importantes de 1981 ha sido la presencia juvenil en las manifestaciones por la paz. Presencia juvenil desconocida en esas proporciones desde 1968. Ello no hace sino subrayar un hecho que ya se venía manifestando en una serie de países europeos: el creciente papel de los nuevos movimientos sociales como forma de acción política de masas considerables de la juventud y del pueblo.

Ello plantea una perspectiva de cambios, también en el seno de los partidos de izquierda. Se va a abrir camino una *nueva forma de hacer política* que sepa combinar el respeto a la autonomía propia de los movimientos sociales, la dedicación necesaria al momento electoral, parlamentario, institucional; y al mismo tiempo la superación del exclusivismo electoralista y

parlamentario que caracteriza hoy a los partidos, incluso a aquellos que vienen de una tradición insurreccional.

Hemos hablado hasta ahora de Europa, dando al concepto un sentido limitado, la parte occidental de nuestro continente. Es todavía mucho más difícil imaginar el futuro de la Unión Soviética y de la Europa del Este en la perspectiva del año 2000. En todo caso, con la disminución del papel de los bloques militares (que es una de las hipótesis del trabajo que estoy escribiendo) disminuirá asimismo el papel de la Unión Soviética en el bloque del Este; se acentuarán las tendencias centrífugas, la afirmación de vías y características nacionales, de formas originales de abordar los problemas.

En ese orden, Polonia puede ser el inicio de un viraje de enorme alcance. A pesar de la dictadura militar que actualmente rige, es difícil suponer la desaparición a largo plazo de las conquistas logradas por los millones de trabajadores que durante más de un año lograron imponer la existencia de su sindicato independiente, y zonas de libertad en los medios de comunicación. Un proceso de democratización en diversos países del Este, con una variedad de formas que puede ir desde tímidas reformas desde arriba, al estilo húngaro, hasta movimientos surgidos de las masas, al estilo polaco, irían dando a lo que hoy se llama tan injustamente «socialismo real» una imagen radicalmente diferente.

Mi convicción es que las realizaciones que logren las fuerzas de izquierda en Europa occidental, particularmente en un marco de mayor independencia, tendrán repercusiones muy profundas en la parte hoy dominada por la Unión Soviética. Y en ese orden, empezará a ser posible hablar de Europa en un sentido

geográficamente mucho más amplio de como lo he estado haciendo en el presente artículo.

En todo caso, rechazo a priori la idea de una especie de congelación, de inmovilismo de la situación en la parte oriental de Europa. Tanto la crisis que sufren esos países, como los propios acontecimientos de Polonia, anuncian el fin del inmovilismo.

No quiero terminar estas páginas sin agregar un aspecto aún más hipotético: creo que la vida europea, con un mayor predominio de la izquierda, implicará una disminución de las barreras impuestas por el principio de la soberanía de los Estados. Un número cada vez mayor de problemas van a ser resueltos en marcos extraestatales. Eso significa que la vida internacional, las relaciones internacionales, no serán sólo relaciones entre Estados; que una serie de cuestiones sólo podrán ser resueltas, a nivel europeo, y a través de una mayor relación entre organismos e instituciones no estatales.

Preveo un auge considerable de las relaciones internacionales, por ejemplo, entre los sindicatos, sin lo cual la ocupación del espacio social europeo sería inconcebible.

Adivino una efectividad cada vez mayor de la Europa de las regiones, de la Europa de los municipios, con un creciente intercambio de experiencias.

Una Europa del feminismo, de la ecología, de los movimientos sociales y juveniles. Proceso a través del cual irá disminuyendo, de un modo real, el papel de los Estados y aumentando las zonas de elaboración y solución de los problemas por caminos que permitan una creciente intervención, participación, de los ciudadanos, de la sociedad civil. Quizá sea ésta la gran aportación de Europa al mundo en la entrada del próximo milenario. ■ M. A.



El edificio madrileño del Palacio de Congresos, sede de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea, que se inició en 1981 y aún sigue sus trabajos al redactarse estas líneas.